



**DÉJAME  
QUERERTE**

Jud Baltimore

zafiro♥

## Índice

[Portada](#)

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Biografía](#)

[Nota](#)

[Crédito](#)

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Próximos lanzamientos  
Clubs de lectura con autores  
Concursos y promociones  
Áreas temáticas  
Presentaciones de libros  
Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

*A mis padres, Norma y Pedro*

## Prólogo

¿Quién soy? Eso ahora mismo no importa. Lo que es realmente relevante es lo que se cuenta en estas páginas. Yo sólo voy a limitarme a hacer un prólogo que puede que leas o puede que no, que puede que te guste o que te resulte demasiado tedioso. Si ése es el caso, te pido disculpas desde este instante. El libro que tienes ahora mismo entre las manos contiene una historia muy especial y espero que te haga disfrutar, querido lector, tanto como a mí. Se trata de la primera novela de Jud Baltimore y, antes que nada, quiero agradecerle a ella la confianza que depositó en mí cuando me permitió cuidar a su pequeño mientras estaba creciendo. El mismo que tú, en este momento, sostienes.

¿Qué puedes encontrar en esta novela? Sentimientos y una buena narración. A través de la magia del circo, la autora nos cuenta la historia de Sol y de Iván. ¿Quién no se ha dejado atrapar por el encanto del circo cuando era niño? Sus espectáculos son una mezcla perfecta de misterio y sensaciones. Y Jud sabe plasmar eso perfectamente, haciendo que, poco a poco, necesitemos saber más sobre los protagonistas. Ponte cómodo, disfruta del silencio o, por el contrario, de tu música favorita. Relájate. Goza de la lectura y, sobre todo, ten tiempo. Porque te aseguro que no podrás dejar de leer.

La autora nos sorprende con un historia cuidada al detalle, mimada. Una historia en la que los sentimientos están

a flor de piel y las emociones aumentan a cada página. Consigue sin dificultad alguna que nos pongamos en el lugar de los protagonistas, que compartamos todo lo que les ocurre. La temperatura sube con facilidad cuando Jud está a cargo de narrar, eso es indudable, pero también tengo que mencionar unos diálogos y unas escenas que son, simple y llanamente, extraordinarios. Su forma de escribir es ocurrente, ácida y muy adictiva. Los personajes son como tú y como yo. Se expresan y piensan de la misma forma, lo que facilita que conectemos con ellos.

La novela está envuelta por la pasión, por los celos, por el miedo... Por sentimientos tan terrenales que nos facilitan mimetizarnos con el personaje sin ningún tipo de problema. Reímos, sufrimos y hasta respiramos con ellos. Y es que es imposible que no sea de esa forma. La historia nos atrapa, haciendo inviable que podamos apartar la vista de las palabras que se suceden. La temperamental Sol y el misterioso Iván son, realmente, una mezcla explosiva que da pie a muchos momentos en los que disfrutaremos de unas discusiones más que entretenidas, pero los secundarios no se quedan atrás. Ellos son el pegamento de toda la trama, los que logran que gocemos de escenas más que curiosas que nos sacaran más de una sonrisa.

Jud Baltimore, autora de varios relatos, nos sorprende con la que es su primera novela. Y lo hace de una forma inmejorable, con unos personajes pensados al milímetro y una historia en la que se notan las horas de dedicación, el sudor y las noches que ha invertido en ella. Yo poco más tengo que decir, ahora te dejo que comiences la lectura. Sólo una cosa más: ¡Bienvenido al circo!

MARÍA GARDEY

## Capítulo 1

Frente al espejo, Sol se miró con satisfacción. No era una *top model*, sino más bien una chica normal, del montón, pero agradable a la vista. Le gustó la imagen proyectada en el espejo y decidió dejarse tal cual estaba.

Una fina capa de maquillaje en *nude* tapó las imperfecciones de su rostro y un poco de *liner* hizo que sus ojos verdes resaltaran. Llevaba el pelo hasta los hombros, así que se limitó a despeinarlo un poco para darle un toque más desenfadado a su *look*. Cogió su bolso y salió pitando, llegaba tarde y hoy era la excursión al circo.

Los inquietos niños esperaban impacientes mientras intentaban adivinar qué animales encontrarían en el interior. Sol detestaba que utilizaran los animales para sus funciones, pero el año anterior llevaron a los pequeños a un espectáculo alternativo y salieron muy disgustados, por lo que, en éste, el colegio había decidido ir a lo seguro. Ella intentaba inculcar a sus alumnos los que consideraba eran buenos valores, entre ellos el completo rechazo a todo tipo de maltrato animal.

El circo WonderLand era el mejor que llegaba a la ciudad, contaba con artistas de diversas nacionalidades y, sin duda, lo más llamativo era la gran variedad de modalidades.

—Silencio peques, que va a comenzar.

Los pequeños lo observaban todo con gran admiración; sus miradas no cesaban de viajar a lo largo y an-

cho de toda la carpa en busca de cualquier detalle.

Sol tomó asiento dispuesta a ver las partes de la representación que sus alumnos le permitieran.

Salió a la pista un hombre con sombrero negro; vestía una camisa blanca con pajarita granate, un chaleco dorado y, encima, un abrigo largo rojo con detalles en dorado; en la parte inferior, unos pantalones negros acompañados de unas botas altas en el mismo color.

Sus pasos y su porte se veían majestuosos. Se notaba que había presentado la función miles de veces, que las palabras que salían de su boca no eran algo improvisado; al contrario, estaban estudiadas para causar el mayor impacto.

Uno a uno fue dando paso a todos los artistas. El público aplaudía entusiasmado. Niños y mayores reían y disfrutaban de las actuaciones. Las caras de sorpresa se sucedían en las representaciones más llamativas, y las de tristeza cuando el presentador dio por finalizado el espectáculo.

Sol salió tan maravillada que sacó una entrada en primera fila para el día siguiente. Quería volver a verlo y disfrutar de los pequeños detalles que no había podido observar. Los alumnos no pudieron hablar de otra cosa durante la vuelta al colegio. Les había encantado y deseaban poder volver con sus padres. La excursión había resultado ser un éxito.

\*\*\*

Cada año intentaban renovarse: conservar a los mismos empleados pero que el espectáculo resultase diferente e innovador. Los artistas circenses disfrutaban con las sonrisas de los niños y con las bocas abiertas de padres y madres. Los aplausos eran un aliciente, y es que, una vez los recibes, se hace difícil prescindir de ellos.

Nadie quería perderse a los mejores artistas del mundo, por lo que todos los colegios de la ciudad acudían en autobuses repletos de sonrisas y fantasías. Diciembre se

había convertido en el mes preferido de todos los pequeños.

Tras convencer a su amigo Carlos, ambos fueron hasta la entrada de la colorida carpa. La oscuridad de la calle daba paso a las luces llamativas que conformaban el nombre del circo. El conjunto era un escenario mágico que invitaba a dejarse llevar y volver a la niñez.

Agarrada del brazo de su amigo, pasaron y se sentaron en los asientos asignados. Sol sonreía de oreja a oreja.

—Pareces una niña de tu clase. Menuda cara de pánfila tienes. —Rió hasta que le dolió la barriga.

—Anda, cállate, sólo falta que ahora tampoco tú me dejes disfrutar de la función. —Le sonrió frotándose los brazos. Estaba muerta de frío. Miró a su alrededor e hizo una mueca al ver al resto de asistentes con guantes, gorros y bufandas. Ellos habían sido más previsores.

—Compra tú las palomitas, no puedo ni moverme. Se me ha congelado el cuerpo —le pidió a su amigo fingiendo haberse quedado pegada al asiento. Éste refunfuñó, pero al final fue en su busca, así como de un buen café caliente para su amiga.

—¡Jopé, cómo echo de menos la calefacción, no sé cómo pueden ir con esos trajes tan finos! —le dijo a Carlos al verle aparecer con el café—. Claro, como hay nórdicos, esto les parecerá el Caribe.

—Pues que me tiren un nórdico a mí —ordenó Carlos entre risas.

El presentador salió para dar comienzo al *show*. Atónita, disfrutó de los trapecistas, contorsionistas y malabaristas, pero su mente se nubló en cuanto un chico entró en escena con su tela mágica simulando las alas de un ángel. Sol apenas podía apartar la mirada del rubio de tez blanca como la nieve.

—Cierra la boca o te va a entrar un león en lugar de una mosca, nena —le susurró Carlos. Sol ni se inmutó, ape-

nas advirtió el murmullo de la gente. No podía apartar los ojos del escenario.

—¿Has visto el mismo ángel que yo? —preguntó con la respiración entrecortada.

—No, bonita, lo que he visto es cómo le remirabas el paquete y abrías la boca como a punto de comerte un buen chuletón.

Ella suspiró y lo dejó hablando solo. Aprovechó el intermedio para ir en busca de otro café. Todavía sentía la electricidad por el cuerpo. Las piernas le temblaban y, la duda de si lo que había visto era real o bien su mente le había jugado una mala pasada, le azotaba. Se tomó el café de un trago y corrió a refugiarse a la comodidad de su asiento, donde, gracias a que la carpa estaba completa, el frío parecía disminuir.

—¡Qué asco de frío! —refunfuñó para sí misma.

El espectáculo finalizó y el presentador de voz grave se despidió de los visitantes. A decir verdad, Sol apenas había prestado atención a lo que sucedió en la segunda parte. Sólo podía pensar en el ángel de las telas.

Estaba tiritando de frío. De pronto creyó recordar que, en el bolso, había metido unos guantes e intentó dar con ellos entre todo lo que tenía.

—No sé para qué llevas bolsos tan grandes si luego no encuentras nada, parece la chistera de un mago.

—Y saldrá de aquí un conejo que te va a llevar al país de las maravillas como no dejes de fastidiarme. —Se rieron; ambos sabían que Carlos tenía razón.

Allí, helada de frío y en busca de unos guantes que no estaba segura de tener, la electricidad se volvió a apoderar del ambiente. Se olvidó del frío, de los guantes y de su amigo. Quedó petrificada, estática. El corazón le latía de manera feroz. Sintió la garganta seca de nuevo, la sentía arder al tragar su propia saliva.

Ivánov hablaba tranquilamente con Kenneth, un canadiense de treinta y cinco años muy bien llevados que había pasado media vida en España. Cuando estaban juntos

hablaban en inglés, pues se les hacía extraño hacerlo en español.

Oyó un castañeteo de dientes y se giró mientras le decía a su amigo: «Los españoles no sobrevivirían en Rusia ni medio segundo». Pero la sonrisa se le borró al verla allí muerta de frío. Tuvo ganas de correr hasta donde se encontraban y pegar a su acompañante por ser tan descortés. ¡¿Cómo podía ser tan poco caballero y permitir que se helara?!

—¡Está buena! —dijo Kenneth observando a Sol. Ivánov sacudió la cabeza, molesto por no ser el único que se había fijado en ella.

Con pasos decididos, se acercó a la muchacha.

—*Take* —le dijo tendiéndole sus cálidos guantes.

—*Oh, thank you! I have some, somewhere* —respondió con su escaso nivel de inglés.

Carlos le propinó tal codazo que Sol se giró para dedicarle una de sus miradas de aviso.

—*Well, thanks. I promise to return.*

—Regalo de la casa —dijo en un español al que Sol llamaba «típico *cagaspañol* de guiri».

Y sin más, cada uno siguió su camino. Ivánov continuó charlando con su amigo y ella con el suyo, aunque ninguno de los dos pudo centrarse en sus interlocutores.

\*\*\*

—¡Por fin unos días de vacaciones, qué ganas tengo! —gritó Quim, el profesor de gimnasia.

—Sí, la verdad es que estoy deseando tener un poco de tranquilidad —apostilló Sol.

Quim era un atractivo chico rubio de ojos marrón chocolate; tenía unos abdominales con los que se podía lavar la ropa a mano y que, además, eran la envidia del profesor de matemáticas. En definitiva, era un joven dulce que las volvía loquitas a todas y causaba envidias entre los hombres. Antes de terminar la carrera, Sol y Quim estuvieron

saliendo, pero la cosa no cuajó; él quería un noviazgo estable y ella no estaba preparada, deseaba divertirse y no enfrascarse en una relación, ni atarse a una persona. Pero eso no significó que se rompiera la amistad e incluso, con el tiempo, ésta aumentó y se volvieron confidentes.

Carlos y él eran los únicos que sabían de la existencia del ángel pálido, como lo habían apodado. Y es que Sol iba una vez a la semana al circo sólo para poder verlo durante los escasos minutos que duraba su espectáculo. No se quedaba después, lo contemplaba actuar y se iba, evitando de paso asistir a la parte en la que utilizaban a los pobres animales.

Era absurdo y lo sabía, por eso sólo se lo había contado a Quim, a quien le había suplicado que no comentara nada delante de Carlos, pues sabía que, de enterarse éste, las bromas se sucederían sin cesar.

El primer día de vacaciones amaneció con el astro rey en todo su esplendor; pegaba con tanta fuerza que hacía un calor extraordinariamente anormal para el mes de diciembre; por eso decidió aprovecharlo al máximo. Cogió sus patines y metió en la mochila un libro, agua y sus zapatillas. Se cargó la mochila a los hombros y se fue patinando hasta el parque al que siempre acudía al ritmo de la música de Adele.

—Cómo se nota que hace buen día —dijo seguido de una blasfemia al comprobar que no había ni una mesita libre. Pero no iba a permitir que semejante nimiedad le arruinara su pacífica jornada.

Vio un espacio en el césped, junto al lago de los patos, y allí se sentó. Sacó su libro de Olivia Ardey y se dispuso a pasar un rato de relax y muchas risas; no había nada que la relajara más que leer.

Tan enfrascada estaba en la lectura que no se percató de que un par de ojos la miraban embelesados.

Al cabo de un rato, levantó los ojos del libro para descansar la vista y disfrutar del paisaje. Adoraba ese parque. Se quedó embobada mirando los patos, arrugando el entrecejo para que el sol no la cegara.

Los ojos grises, que la observaban a una distancia prudente, no perdían detalle de cada gesto.

—Un bonito perfil —lo sorprendió Anielka.

Ivánov se giró, asombrado de la perspicacia de su hermana mayor; jamás se le escapaba una.

—La veo todos los miércoles en el circo —le comentó. Ivánov fingió no haberse dado cuenta—. No disimules, sé que la has visto, y... fíjate qué casualidad que nunca se queda al final. Es raro, ¿verdad? —preguntó suspicaz.

—Será que le ha gustado el espectáculo —dijo con sequedad, y se volvió a contemplar a la chica que miraba los patos como si jamás hubiese visto animal semejante.

Le maravilló la manera en la que parecía gozar de un día tan inusual y, sin duda, le llamó la atención esa preciosa sonrisa que se dibujaba en su cara mientras leía. Anielka se levantó con tanta decisión que Ivánov tembló. La vio acercarse a la joven y mantener una conversación animada. Su hermana hablaba muy bien el español, mucho mejor que él. Se había esforzado por aprender la lengua del país que visitaban cada año desde que era una niña. En cambio, Iván apenas llevaba cinco años en el circo y le costaba mucho dejar su querido Moscú, sus costumbres y su idioma.

—Hola, me llamo Anielka. —Le tendió la mano a una Sol desconcertada que intentaba ubicar de qué la conocía—. Trabajo en el WonderLand, soy una de las trapecistas.

—Ah, encantada —saludó avergonzada; no entendía a cuento de qué se acercaba a saludarla.

—Te veo todas las semanas en el circo. —Al ver lo colorada que Sol se empezaba a poner, la muchacha añadió—: No eres una chica que pase desapercibida para muchos de mi familia.

Sol sentía que se asfixiaba. Siempre había intentado pasar inadvertida y, pese a las sonrisas de la chica de la cafetería, nunca imaginó que alguien más se había percatado de su presencia. ¡Menuda vergüenza! Rogó a Dios y a todos los santos habidos y por haber que se abriera una enorme brecha en la tierra y se la tragara. No le importaba dónde aterrizar mientras fuera muy lejos de allí, pero

cuando reaccionó ya era tarde: no sabía en qué momento había aceptado la mano de aquella extraña y habían caminado juntas hasta el grupo que practicaba piruetas en la hierba. Ahora sí que estaba perdida, no sabía dónde meterse y Dios y los santos no parecían hacer caso a sus plegarias. Incluso juró ir a misa si la hacían desaparecer, pero nada, seguramente no creyeron tal juramento viniendo de parte de semejante agnóstica.

Decenas de manos se acercaron a estrechar la suya y algunas bocas se atrevieron a darle dos besos. Oyó cómo la saludaban en ruso, checo, francés, español, croata, inglés y algún que otro idioma que no llegó a identificar.

Ante la atenta mirada de Ivánov, se sintió pequeña y desvalida, como si cada uno de sus sentimientos y pensamientos estuvieran ahora al descubierto, como si pudiera rozar su alma con sus penetrantes ojos grises.

—Iván, acércate, no seas maleducado. —Sol sintió escalofríos, al fin conocía el nombre de su ángel pálido—. Ivánov es mi hermano pequeño, pero llámale Iván, detesta su nombre completo.

—Hola. —Su voz sonó ronca, demasiado para su gusto.

—Ho... hola —susurró, sintiéndose la mujer más imbécil del mundo.

—Le estoy dando clases de español desde que empezó a viajar con nosotros, pero le cuesta mucho emplearlo. Intenta hablar siempre en ruso o en inglés, aunque el español también lo chapurrea.

«¿Por qué me cuentas estas cosas?», se preguntó.

—¿Tú a qué te dedicas? —continuó preguntando Anielka, haciendo caso omiso a la cara de póquer de Sol.

—Pueees... soy maestra. De niños. Maestra de primaria —contestó cohibida y sintiéndose tonta.

«¡Pero cómo puedo estar hablando así!», se lamentó.

—Mi hermano tiene mucha curiosidad por saber qué estabas leyendo. —Iván miró a su hermana a la vez que captó a la perfección qué pretendía.

—Pues estoy leyendo un libro. —Se exasperó por la absurda respuesta—. Es de mi autora favorita, Olivia Ardey —se apresuró a añadir.

—¿Americana? —preguntó con mucha curiosidad.

—No, es española. Escribe romántica, dudo que a tu hermano le pueda interesar.

—Te sorprenderían los peculiares gustos de mi hermano. No, no es gay —aclaró Anielka. Sol suspiró aliviada e Ivánov se despanzurró de risa. Ivánka se unió a la conversación, por lo que Anielka tuvo que traducírselo todo.

Ivánka era rusa, de Novosibirsk, y sólo hablaba su lengua; a diferencia de Iván o Anielka, ella no se molestaba en aprender otras.

Ivánov se esforzaba por no mirarla o al menos porque no pareciera tan obvio, pero a esas alturas ya le daba igual. La actitud de su hermana lo había delatado. Era muy extrovertida, en exceso en ocasiones, como lo estaba siendo en ese momento, pero era su hermana y la adoraba, y en el fondo incluso agradecía que actuara cuando él no era capaz de dar el paso.

Casi todos sabían que Sol acudía a menudo al circo, de igual manera que se habían dado cuenta de los nervios de Ivánov al descubrirla entre el público. Acontecimiento llamativo en el imperturbable ruso.

—Bueno, ha sido un placer conoceros, pero tengo que irme —se excusó Sol.

—¿Vendrás esta noche? —preguntó Anielka a boca-jarro.

—No.

Escueta y fría le sonó la respuesta, y se sintió estúpido por esperar que saliera un «sí» de sus labios.

Sol pensó en un motivo por el cual no podía acudir, pues hasta ese mismo instante sí tenía planeado ir. El orgullo contestó por ella al sentir que pensaban que no tenía nada mejor que hacer.

—Es que mañana me voy a esquiar y aún no tengo las maletas hechas. —Añadió apresurada.